



Recuerdos sobre el comienzo de una gran aventura

Ismael SÁNCHEZ BELLA

Los inicios de la Universidad

Me contaron una visita a la Universidad de Navarra de un grupo de mujeres argentinas. Cuando el conserje del Edificio Central les enseñaba el salón del Rectorado, donde están los retratos de los dos primeros Grandes Cancilleres y de los cinco primeros Rectores, señalando el mío comentó que vine de Buenos Aires hace 49 años, en 1952, a empezar la Universidad. Una de ellas replicó: «¡Qué nos va a decir a nosotras, que sabemos que esta Universidad se hizo con sangre argentina!».

El Fundador de la Universidad fue Monseñor Josemaría Escrivá, ahora Beato, que tomó la decisión de dar vida a este Centro Académico, fijó su sede en Pamplona y siguió muy de cerca sus pasos. Su petición insistente por ella se documenta, entre otras muchas cosas, por una fotografía suya, que envió desde Roma, en marzo de 1954, en la que escribió: «Bendigo con especial cariño a mis hijos del Estudio General de Navarra, que con tanto garbo hacen realidad la labor apostólica que, durante años, fue tema constante de mi oración».

Naturalmente, en esta tarea no sólo contábamos con la oración del Beato Josemaría, sino con su labor de gobierno, con la que trazaba las líneas maestras para la puesta en marcha y desarrollo de la Universidad. Con sus decretos como Gran Canciller orientaba nuestros pasos y nos servían de guía segura para resolver los innumerables problemas de todo tipo que surgen, como es lógico, en una obra de esta envergadura. Además, su presencia en Pamplona con diversos motivos (presidir los Consejos de Patronos, conferir la investidura de doctores *Honoris Causa*, etc.) estimulaba nuestra actuación.

La referencia a Argentina tiene, sin embargo, razón de ser. A principios de los años cincuenta, me trasladé desde España a ese país, inauguré, en la ciudad de Rosario, la Cátedra de «Historia de España» y dicté dos cursos. Encontrándome



allí, me llamaron pidiéndome que regresara a España cuanto antes. Mi marcha supuso un sacrificio para el pequeño grupo que iniciaba las tareas del Opus Dei en Argentina, pero Dios se volcó y la expansión apostólica se hizo espectacular en poco tiempo. La realidad es que mi partida fue rápida —me fui enseguida—, aunque no el viaje: lo hice en barco, pues no había dinero para más.

Ya en España, se concretó el encargo: llevar adelante las gestiones y tareas que reclama la puesta en marcha de un centro universitario en la capital navarra. Llegué a Pamplona en julio de 1952, con muy poco dinero, aunque con la promesa de ayuda económica por parte de la Diputación Foral, con cuyas autoridades ya habían tenido unas conversaciones previas Amadeo de Fuenmayor y José María Albarreda. La duda que suscita lo nuevo —y tal vez el hecho de que yo tuviera sólo treinta años—, hizo que el acuerdo de ayuda se concretara de forma un tanto cautelosa: 150.000 pesetas anuales, en dos años, y a prueba. Parecía imposible que sólo con esa ayuda se pudiera poner en marcha la primera Facultad, la de Derecho, ya en el cercano mes de octubre. Pero, por expresa indicación del Beato Josemaría, seguimos adelante. El deseo de monseñor Escrivá de fundar una Universidad en Pamplona empezó así a hacerse realidad. Quiero dejar constancia que, desde el primer momento, quedó patente la amplitud, ciertamente audaz, de sus planteamientos, que nos hacían llegar mucho más lejos de lo que nosotros podíamos pensar.

Durante mis primeros días en Pamplona me alojé en uno de sus hoteles, el *Maisonnavé*. Al poco de estar allí, el dueño me abordó preguntándome si yo era un comerciante catalán. Me sonreí y le hablé del proyecto de Universidad; para más ampliación, le informé sobre el Opus Dei y la labor que realiza. Se impresionó y en el acto me dio un donativo para la Universidad, rogándome que no comiera solo y diciéndome que cuando llegara alguna persona importante, me la presentaría para que comiéramos juntos. Minutos después, una señora, parienta suya, que oyó la conversación, tan pronto quedamos solos me comentó enseguida el vivo efecto de cuanto había escuchado y el interés que en ella había suscitado lo que yo había dicho sobre el Opus Dei. De momento todo quedó ahí, aunque, más adelante, cuando vinieron mujeres de la *Obra* a comenzar la labor apostólica en Pamplona, se presenté y trabajé con ellas.

Entre mis primeras preocupaciones estaba encontrar un edificio adecuado para la labor docente y un piso decoroso para los primeros profesores. Lo asombroso es que el doble problema se resolvió en pocos días. Como primer paso, acudí a la Catedral, y puse el asunto en manos de Santa María la Real. Me fijé en la Escuela de Comercio, de reciente construcción entonces, y se me ocurrió que, como Catedrático de la Universidad estatal, podría solicitar que nos dejaran utilizar, a modo de préstamo, algún aula. A ese efecto busqué a un profesor que, según me dijeron, estaba en la Cámara de Comptos Reales. Nada más ver aquel bello edificio medieval, pensé que allí podría iniciarse la nueva Universidad. Pregunté de quién dependía el peque-



no museo arqueológico instalado allí en aquel entonces, y anoté que era el Jefe Cultural de Navarra, Sr. Uranga. Me fui al hotel sin saber cómo podría llegar a él.

Una vez en el Maisonnave, el dueño, cumpliendo su promesa de ponerme en relación con personas que considerara interesantes, me presentó a otro viajero, Monseñor Sagarmínaga, con quien comí. Monseñor Sagarmínaga había venido a Pamplona para dirigir una *semana* sobre la tarea pastoral que dirigía. Quizás por falta de información, no había escogido un buen momento: en pleno agosto y con la ciudad semivacía. El primer conferenciante del día siguiente era un profesor, miembro del Opus Dei, al que yo conocía bien. El salón estaba casi vacío: unas pocas señoras y yo. Al acabar, pasé a saludar cariñosamente al conferenciante, que me dijo que me había localizado entre el público. «No te habrá costado mucho», le dije bromeando. Casi enseguida le conté la razón de mi estancia en Pamplona. Se entusiasmó e insistió para que fuera con él a comer a casa de un amigo. Me resistí hasta que salió un nombre: ¡Uranga! Vi en todo la mano de Dios. Y fui a comer.

Obtenida la conformidad de Uranga, tuve luego que convencer al Gobernador. Al final todo se resolvió y se nos concedió autorización para utilizar el edificio de la Cámara de Comptos. Después, ayudado por alguno más, se decoró el edificio, mejor dicho, un aula. ¡Pero qué aula aquella!: una de las más nobles en que podría pensarse. Y suficiente para comenzar con el primer curso de los estudios de Derecho.

También la residencia para los profesores quedó pronto resuelta. Encontré un buen piso que se ofrecía en alquiler. No había dinero, pero el vecino, que era abogado, se ofreció con mucho gusto a avalar un préstamo en un banco. Una señora, enviada por un hijo suyo a quien yo había conocido, se interesó por el problema de la atención del piso y, antes de pasar una sola jornada, envió cocinera y doncella. Siempre he pensado que, para tanta rapidez, tuvo que enviarnos las de su casa, aunque nunca hice averiguaciones al respecto. En todo caso, encajaron muy bien en su nuevo trabajo.

Pero quedaba por resolver el problema fundamental: el de los profesores, pues sin ellos no puede haber una Universidad, aunque en aquel momento —así había que empezar— se tratara sólo de un curso, el primero de Derecho. Contaba ya con algunos nombres y luego se fueron concretando otros, hasta completar los necesarios. José Luis Murga, para Derecho Romano; Jerónimo Martel, para Derecho Natural; Rafael Aizpún, para Economía Política; Ángel López-Amo, con la colaboración de Leandro Benavides, para Derecho Político; yo mismo me hice cargo de Historia del Derecho, que es mi especialidad. Recuerdo cómo Ángel López-Amo fue a San Sebastián y yo me acerqué a verlo. Aceptó encantado dar clases: no podría residir en Pamplona —entre otras cosas, porque formaba parte del equipo encargado de la formación del príncipe Juan Carlos—, pero vendría para actuar como profesor todas las semanas. Era un magnífico expositor del Derecho Político y fue



una gran pena que falleciera cuatro años más tarde, en un accidente de tráfico, durante un viaje que realizó a los Estados Unidos.

La inauguración de la Universidad en octubre de 1952 fue muy brillante. Asistieron muchas personalidades. Hubo Misa del Espíritu Santo en la parroquia cercana, bendición de los locales en la Cámara de Comptos y un brillante acto académico en el edificio de la Diputación Foral. Los alumnos, que enseguida comenzaron a frecuentar las clases, eran 42. El ambiente era muy bueno. Al final del curso debían ir a examinarse a la Universidad estatal de Zaragoza, pues el Estudio General no tenía todavía el reconocimiento necesario.

Años de expansión y desarrollo

Los años siguientes, en los que me correspondió el honor de actuar como Rector, fueron de desarrollo rápido, pero equilibrado. Para preparar el curso siguiente, se hizo necesario buscar profesores que atendieran el segundo curso de Derecho, y habilitar otras aulas. En el curso 1954-55 surgieron nuevas enseñanzas: Medicina y Enfermería. Allí comenzó, pues, en octubre de 1954, el primer año de Medicina. Con respecto al inicio de esta Facultad, quiero señalar lo siguiente: como, por su naturaleza y por lo complejo de su enseñanza, los estudios de Medicina exigían unas instalaciones costosas y un profesorado muy preparado, no nos parecía posible que comenzara pronto su andadura. Por estas razones, habíamos pensado dejarlo para más adelante. Fue el Beato Josemaría quien, con su insistencia y aliento, consiguió que su primer curso empezase en octubre de 1954.

En el edificio de la Cámara de Comptos se fue dando cobijo a los nuevos estudios: los ya mencionados y, más adelante, los de Periodismo. Para marcar su condición, los profesores médicos, aunque no estuvieran en un recinto médico-hospitalario, vestían la bata blanca. Las enfermeras tuvieron las clases en el salón de actos del Instituto de Sanidad, situado en la calle Leyre, que les fue facilitado generosamente. En ese tiempo nos visitó un profesor suizo, de Berna, llamado Wyss. Al ver lo limitado de los locales, comentó: «También sin edificios, puede haber una Facultad». Un año después se arregló un edificio del Hospital que se encontraba en desuso, y médicos y enfermeras pudieron tener un poco más de desahogo.

En 1955 comenzó la Facultad de Filosofía y Letras, que se inició con la sección de Historia. La instalación del Museo de Navarra en lo que habían sido locales del antiguo Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia, debidamente reformados, estaba ya prácticamente concluida. No obstante, todavía estaba libre la planta última y conseguimos autorización para instalar en ella la nueva rama de Historia. Los visitantes se admiraban de ver debajo de la Facultad un excelente Museo y les



decíamos: «Es para las prácticas». Un día vimos al Presidente de Navarra, acompañado de unos visitantes, a los que dio una explicación distinta: «Éste es el edificio del Museo. Arriba hay unas clases».

En los comienzos, las Bibliotecas eran modestas por falta de fondos. Recuerdo que en el tercer año sólo había 100.000 pesetas para libros de Derecho y 7.000 para los de Historia; el total de libros era de 2.794 volúmenes. Sin embargo, en todo momento se procuró cuidar no sólo la docencia, sino también la investigación: todos teníamos muy clara conciencia de que no se trataba de dar vida a una simple academia, sino a una universidad, y no hay universidad sin investigación. El Beato Josemaría «como han hecho también sus sucesores» se encargaba por lo demás de recordárnoslo. La investigación se inició en todos los campos, tanto en letras como en ciencias. Uno de los más decididos en esta área tan exigente fue Juan Jiménez Vargas, que inició una revista especializada en Medicina, con los tres grupos de investigadores que dirigía: Fisiología patológica pulmonar, Cromatografía de proteínas y aminoácidos e Hipotálamo e hipófisis.

También se cuidó, desde el principio igualmente, el tono académico, incluso en los aspectos formales. En las inauguraciones de curso, los profesores vestían el traje académico propio de las Universidades españolas. En los primeros años, el espectáculo llamaba la atención a quienes no conocían esa tradición, y a veces buscaban explicaciones pintorescas. Recuerdo, como anécdota de aquellos años, que cuando salió por primera vez el cortejo académico y pasó por delante del Ayuntamiento, se asomaron las vendedoras del vecino Mercado de Abastos que todavía existe, y extrañadas de aquellas vestimentas, preguntó una a otra: «¿Quiénes son éstos?». Y le contestó la otra: «Los de los trajes regionales». ¡Pensarían que íbamos a ofrecer un espectáculo folklórico!

Los edificios no sólo eran provisionales, sino que estaban dispersos por toda la ciudad: el Rectorado, en un cuarto piso, sin ascensor, de la Plaza del Castillo (1960-1963); las aulas, en la Cámara de Comptos y en el Museo de Navarra; la Biblioteca de Humanidades, en la calle de San Antón; la Biblioteca de Derecho Canónico, primero en el nº 13 de la Plaza del Conde de Rodezno y, después, en la calle de la Media Luna; la Facultad de Medicina, en el Hospital; la Residencia de Estudiantes, en el nº 1 de la calle de Tafalla, y la de Profesores, en la calle de Carlos III y luego, también, en la de Amaya. Pronto se vio que eso tenía desventajas y se comenzó a pensar en un campus.

Hacia 1959, pensamos en construir los edificios en los terrenos militares próximos al Parque de la Taconera (donde hoy están los jardines de Antoniutti). Acompañado del Alcalde, Miguel Javier Urmeneta, visité en Madrid al Subsecretario del Ministerio del Ejército, General Carrasco, para tantear la posibilidad de conseguir esos terrenos. Pero como la directiva del Club de Fútbol Osasuna, recién as-



cendido a Primera División, deseaba construir su nuevo estadio en ese lugar y, además, las gestiones con el Ejército avanzaban con lentitud, se desechó esa posibilidad. Poco después, el Alcalde me llevó a ver dos lugares: uno, en el valle del Sadar, junto al Hospital de Navarra, donde ya funcionaba la Facultad de Medicina, y otro, al lado opuesto de la ciudad, en Mendillorri, camino de Burlada. Elegimos el primero: el del actual *Campus*. El Ayuntamiento nos cedió una parte del suelo, y el resto se fue adquiriendo hasta llegar a la extensión que hoy ocupa.

Las obras comenzaron a gran ritmo: el Colegio Mayor Goimendi y la primera fase del Colegio Mayor Belagua estuvieron listos en 1962; el Edificio Central, que se comenzó en agosto de 1961, pudo ser ya parcialmente utilizado en octubre de 1963, y totalmente, un año más tarde, junto con la segunda fase del Colegio Mayor Belagua. Por otro lado, se había ya construido un edificio de Medicina y la primera fase, muy modesta, de la Clínica Universitaria, en su actual ubicación. Por cierto, que la compra de estos terrenos fue una operación feliz, porque resultó muy barata. El solar pertenecía al Conde de Guenduláin, o, al menos, era su administrador; había formado parte de los terrenos en los que se edificó el Hospital de Navarra y tenía que ser destinado a fines hospitalarios o sociales. Esta última circunstancia facilitó la compra.

La erección como Universidad en 1960 implicó el definitivo asentamiento de lo que venía llamándose Estudio General de Navarra, y desde esa fecha pasó a ser Universidad de Navarra. Se abrieron grandes perspectivas y se produjo como una explosión general. Se pudieron desarrollar ampliamente los Centros que ya existían: los que ya he mencionado y, además, Derecho Canónico y el Instituto de Estudios Superiores de la Empresa, con sede en Barcelona. Progresivamente aparecieron otros nuevos: las Facultades de Ciencias y de Farmacia, la Escuela Superior de Arquitectura, la Facultad de Comunicación, como desarrollo y ampliación del anterior Instituto de Periodismo, la Facultad de Teología, y la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. En San Sebastián se crearon el Instituto Superior de Secretariado y Administración (ISSA) y las Escuelas Superiores de Ingenieros Industriales y de Telecomunicación. Y un largo etcétera de institutos y centros especializados o interfacultativos. Por no hablar de los diversos Colegios Mayores y de la Biblioteca universitaria, que pasó desde la modesta dotación que teníamos en un principio hasta las dos amplias y nutridas Bibliotecas, de Humanidades y de Ciencias, de que se dispone en la actualidad.

Hoy la Universidad cuenta ya con 15.000 alumnos; el personal académico lo forman 1.990 personas; y el número anual de Doctores suele ser de doscientos. La Asociación de Amigos de la Universidad, que contó, entre otros, con el impulso de Eduardo Ortiz de Landázuri y el de José Luis Gracia, como Director ejecutivo, ha extendido su intensa tarea de buscar fondos para ayudar a cubrir los gastos de la Universidad.



Recuerdos sobre el comienzo de una gran aventura

La Clínica Universitaria ha ido creciendo hasta la actual situación de gran centro clínico, apreciado en el mundo entero. Ya en la década de 1960, cuando todavía era menos de la mitad de lo que llegaría a ser, tuvo la visita de un grupo internacional de médicos enviados a estudiarla internamente; su admiración por el trabajo que se realizaba, les llevó a hacer una extensa declaración periodística, de la que no me resisto a recoger, al menos, unas palabras, las del doctor danés Hennin Poulsen: «La Clínica Universitaria no necesita ningún cambio. Es un hospital de calidad, que podría ser ubicado en cualquier capital del mundo, y sería un orgullo tenerlo. Si yo pudiera llevármelo piedra por piedra... lo trasladaría a Dinamarca».

Para el futuro se anuncian ya importantes proyectos que esperamos ver hechos realidad, si Dios quiere, en breve tiempo, como el Centro de Investigaciones Biomédicas, con un número abundante y prestigioso de especialistas, y la Capilla Universitaria, querida, para llevar a la práctica un gran deseo del Beato Josemaría Escrivá, por el actual Gran Canciller, Mons. Javier Echevarría.

Con la orientación y el estímulo del Beato Josemaría

El Beato Josemaría, con sus orientaciones y con sus visitas a Pamplona como Gran Canciller, ha sido el gran estímulo para todo el desarrollo de la Universidad. A él se le deben la determinación de crearla y la inspiración de fondo de toda la tarea. Con frecuencia nos insistía en que las enseñanzas que se impartían tuvieran un alto nivel científico y que, a la vez, nos preocupáramos de dar una sólida formación cristiana a nuestros alumnos y de que todas las enseñanzas estuvieran de acuerdo con la Fe y la Moral de la Iglesia. En sus discursos académicos y en sus declaraciones sobre temas universitarios «como los que se recogen en *Conversaciones*» se ve la importancia que daba a la formación integral del alumno: «No hay Universidad propiamente dicha en las Escuelas “dijo en su Discurso del 28-XI-1964, en la Universidad de Navarra” donde, a la transmisión de los saberes, no se une la formación enteriza de las personalidades jóvenes».

Junto a las grandes líneas, también fue el alma de muchas decisiones concretas de gran importancia y de otras observaciones y sugerencias que pueden parecer de detalle, pero que inciden muy hondamente en el estilo y rango de la Universidad. Cómo no recordar, por ejemplo, que a su intervención se debe el que las tareas de la administración doméstica de la Clínica Universitaria estuvieran, desde un principio, confiadas a mujeres del Opus Dei, realidad que, junto a la presencia de las alumnas provenientes de la Escuela de Enfermeras, ha contribuido en tan gran medida a que la Clínica tenga el nivel hospitalario y humano que hoy posee. Y cómo no rememorar también el hecho de que, en Roma, se hiciera, por encargo suyo, una magnífica escultura de la Virgen del Amor Hermoso, para regalarla a la Universidad.



Podría aumentar las referencias, pero voy a limitarme a dos anécdotas vividas personalmente por mí. Unos industriales, fabricantes de medicamentos, realizaron en cierta ocasión un donativo, con un talón de 100.000 pesetas. En un rato de tertulia, yo, que estaba sentado al lado del Beato Josemaría, se lo comenté en voz baja con la intención de darle una alegría. Vi que él, que se manifestaba siempre agradecido ante la más pequeña cosa, no reaccionó. Decidí repetírselo vocalizando la cifra y añadiendo que «era el primer contacto». Con esa rapidez de reflejos y esa capacidad para encontrar frases gráficas o juegos de palabras significativos, replicó enseguida, jugando con la analogía con la electricidad: «Pues ha dado poca chispa». Comprendí que hay que fomentar la magnanimidad, y hacer entender a los que tienen medios a su alcance que, cuando se les pide ayuda para una labor como la de una Universidad, no se les está pidiendo algo de poca monta, sino que se les ofrece la posibilidad de participar en una gran tarea cultural y apostólica.

En otra ocasión me correspondió organizar un solemne acto académico, con todo el vistoso cortejo que requiere. Íbamos en silencio, y el gentío que nos esperaba, al vernos, guardó silencio también. El Beato Josemaría, que presidía el cortejo, inclinando la cabeza hacia mí, susurró: «entierro de tercera», recordando aquella vieja costumbre social según la cual se distinguían diversos tipos de entierro, según tuvieran música o no. Seguimos caminando y, dirigiéndome a un chico que allí estaba le indiqué que, al salir, cantaran lo que fuera. En efecto, a la vuelta, un grupo de universitarios nos recibieron cantando «Chapala», la popular canción mexicana. Tuvimos la suerte de poder contratar pronto a un gran director y, en adelante, un poderoso Coro Universitario pudo actuar mientras desfilaba el cortejo académico, uniendo así, a la solemnidad, la alegría.

No ha sido mi intención, en las páginas que preceden, exponer la historia de la Universidad relatando detalladamente los hechos y aportando toda suerte de datos, nombres y estadísticas. Esa tarea ya la harán, ya la están haciendo, los historiadores. Lo que he pretendido hacer es más bien evocar, desde la atalaya que me dan los casi cincuenta años transcurridos desde que vine de Argentina para poner en marcha nuestra querida Universidad, algunos recuerdos que contribuyan a poner de manifiesto algo más importante, y más difícil de documentar que los meros hechos: la ilusión humana y cristiana, intelectual y apostólica, cultural y universitaria, que el Beato Josemaría supo infundir en mí y en muchos otros, y sin la cual no hubiera nacido ni se hubiera desarrollado la Universidad.